



Beatriz Restrepo:

Volver la mirada

Judith Nieto

© Judith Nieto
Octubre de 2018

Diseño y diagramación: Luisa Fernanda Bernal Bernal

Foto de cubierta tomada de: *¿Qué es la equidad?* Entrevista con Beatriz Restrepo.

<https://www.youtube.com/watch?v=1SwsOUT02jA>

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Impresión y terminación: Editorial Artes y Letras S.A.S.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la autora

judith.nieto@udea.edu.co

Hay nombres que suelen despertar interés por sus vidas, para descubrir qué las convirtió en personalidades de obligada referencia; bien por el momento histórico que han vivido, bien porque las huellas que han dejado remiten a un talante humano por el que debemos preguntarnos. Así es, pensar en el nombre y la presencia de una persona que ha marcado una comunidad suele generar inquietud sobre su vida; de ser posible, queremos saber desde su nacimiento y seguir el transcurso de su existencia.

Sin duda, querer saber sobre una vida es una forma de impedir que la palabra en el tiempo, en este caso la de Beatriz Restrepo, se extravíe por el cauce del olvido.

Procurar un ejercicio que permita construir una semblanza de la profesora Beatriz Restrepo requiere conducirse por un mundo tras el cual la consulta y la escucha de testimonios lleven al reencuentro con los hechos, con los momentos; si se quiere, con los fragmentos de lo que hasta hoy ha señalado e implicado volver la mirada al pasado de una de las primeras filósofas del país, y a quien además dicha formación le ha permitido desempeñarse en diversos campos como la educación y la administración pública y privada, en Antioquia y Medellín.

Esta semblanza, que ahora se intenta levantar luego de escuchar diversas voces, incluyendo el propio relato de vida de la profesora Restrepo, implica moverse un poco a tientas para organizar, escribir y permitir el conocimiento del mundo visto, escuchado y transitado por ella; para volver a hacer presentes los territorios, personas y acciones que trazaron y no cesan de perfilar su vida, completamente activa, no obstante la enfermedad a la que hoy hace frente con la entereza que siempre la ha caracterizado.

Una vida reconstruida y alcanzada en tiempo presente, en la voz de la misma Beatriz y de sus allegados, quienes orientaron los recuerdos y las palabras desde el pasado para permitir concretar la página, a partir de experiencias, logros, sinsabores y demás acontecimientos personales, académicos, profesionales y de labor social que contribuyeron al alcance conjunto de esta tentativa biográfica.

Aprovechándome, pues, de una paráfrasis del escritor italiano Antonio Tabucchi, dejo que Beatriz y otros regresen a donde no pensaban hacerlo, que intenten desde sus palabras relatar una biografía.

Sus primeros años

Beatriz Restrepo nació en Barranquilla, en 1941. De padres antioqueños, es la segunda en una familia de ocho hijos: cinco mujeres y tres hombres. Llegó a Medellín a los siete años, edad a la que ingresó al Colegio Sagrado Corazón, orientado por monjas bastante liberales para el momento (1948). Terminó sus estudios de bachillerato a los 16 años, en 1957.

En el Sagrado Corazón, cuando cursaba cuarto de bachillerato, descubrió el gusto por la filosofía, y afinó su sensibilidad por la historia y la literatura. Por asignaturas como la física y la química nunca tuvo tanto aprecio. El mundo de las fórmulas, las tablas periódicas y las distancias calculadas en el tiempo no fue de su interés.

La decisión de estudiar filosofía

Beatriz tuvo la fortuna de tener un padre para quien la educación ocupaba un lugar privilegiado. Por eso, cuando manifestó su intención de estudiar filosofía, el padre aceptó, pese a la poca valoración de estos estudios en aquella época. Ella se matriculó en la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB).

Le pregunto, entonces: ¿Por qué no continuó sus estudios en la UPB?. Luego de un año de clases, consideró que la orientación religiosa del plan de estudios no era atractiva. La escolástica y, en especial el tomismo eran allí la esencia de la filosofía. “Fue muy frustrante”, declara Beatriz, quien de ese año como estudiante en la universidad pontificia rescata las cátedras de griego, idioma por el que sentía un gusto especial, y de historia del arte, dictada por Juan Fernando Vélez. Los profesores eran excelentes en sus conocimientos; doctores de la Universidad Gregoriana, de la Universidad Católica de Lovaina y de universidades alemanas, pero los contenidos de los cursos no cumplían con sus expectativas.

Antes de retirarse, le expuso a su padre las razones de su decisión, y él le preguntó: “¿Y eso dónde más se estudia?”. Ella respondió que en universidades grandes de Europa y Estados Unidos. Aquí empezó su verdadera formación en filosofía; viajó al país del norte, donde fue admitida en el Manhattanville College, de Nueva York. Allí permaneció durante cuatro años, hasta obtener el título: BA (Bachelor Degree) en 1962.

Nueva York fue una experiencia valiosa y a la vez difícil, por la alta exigencia académica de la universidad estadounidense. Para graduarse, debió dar cuenta de la lectura de cien títulos filosóficos, que abarcaban todo el espectro de la historia de la filosofía, y presentar un corto trabajo monográfico sobre un filósofo y su obra. Optó por el filósofo español José Ortega y Gasset.

De Nueva York a Madrid

Nueva York, además de mantenerla en una disciplina rigurosa y ordenada a lo largo de su formación, le dio la oportunidad de compartir con importantes autores, como Werner Jaeger, a quien conoció gracias a una compañera de cuarto, estudiante de filología clásica, griego y latín.

Concluidos los estudios en Nueva York, era tiempo de pensar en su maestría. Desde un principio se orientó por los conceptos de ética desarrollados por José Luis López Aranguren, a quien conoció por medio de compañeros de la universidad en Estados Unidos. Así, la joven, que seguía firme en su pasión por la filosofía, continuó con sus estudios, pero esta vez en una universidad europea, en una cultura con un sistema educativo diferente al estadounidense. Mientras la universidad en Estados Unidos se caracterizaba por su orientación personalizada, la europea, en cambio, era masificada, con aulas siempre repletas de estudiantes y profesores poco interesados en la asesoría personal que, con frecuencia, delegaban a los monitores.

Ya en Europa, en la Universidad Complutense de Madrid, se aplicó más ampliamente a la obra de José Luis López Aranguren, figura estelar de la Facultad de Filosofía y Letras,

quien, a diferencia de otros profesores del mismo centro de estudios, se apersonaba del magisterio orientado a la formación filosófica de sus estudiantes. López Aranguren dictaba dos cursos: Ética y Filosofía Social. Este último, un nombre eufemístico para ocultar el verdadero contenido del curso: la política, que ya en tiempos de la decadencia del general Franco, se encontraba vetada en la universidad; precisamente por ello era el curso con mayor asistencia del claustro, y el auditorio siempre era insuficiente para albergarlos a todos. El profesor López Aranguren pagó con creces esta audacia al ser deportado de España por el gobierno de Franco y al prohibírsele su regreso de Francia.

Y ¿cómo eran las clases con López Aranguren?, le pregunto. Las desarrollaba con una metodología rara, pero el profesor tenía una personalidad subyugante. Leía todo el tiempo con la mirada puesta en el texto, la mano en la frente —hace el gesto de su maestro—. No miraba a nadie; ninguno de los numerosos asistentes a su seminario preguntaba. El seminario era ofrecido por el mencionado profesor en medio de la dictadura de Franco. Era una asignatura de gran acogida por estudiantes matriculados, no matriculados y por sindicalistas, un espacio de libre ingreso para escuchar en silencio el discurso ‘prohibido’ en plena dictadura”.

No obstante el ambiente de la Complutense, el profesor José Luis López Aranguren dejó grandes lecciones en la estudiante, que lo eligió como director de su tesis, inclinada por el tema de la libertad en Kant. Infortunadamente, fue confirmado el no retorno del profesor a la universidad. “Esto nos obligó a los estudiantes que veníamos trabajando con él a cambiar de director, cosa que yo no me sentí capaz de hacer, por tanto, regresé a Medellín”.

Sobre sus estudios en la Complutense, en épocas del franquismo, me atrevo a preguntarle: ¿cómo es estudiar filosofía bajo la férula de un dictador? Con breves palabras y algo de risa, Beatriz responde: “De una seguridad y de una tranquilidad hasta raras”. Afirmación que hace sin dejar de mencionar la austeridad y el miedo con los que le tocó vivir.

Su regreso a Medellín

Con la frustración de no haber podido concluir su tesis, Beatriz regresó a Medellín, directamente a la UPB. Dos años después de su regreso, en 1968, el mundo fue testigo de numerosos hechos que marcarían la historia: los sucesos de mayo en París, la Primavera de Praga, los anuncios del fin de la guerra en Vietnam, el fin de la contienda racial de la época en Estados Unidos, en la que Martin Luther King luchó en pro de la igualdad; y la dolorosa e inolvidable masacre de Tlatelolco, de la que fueron víctimas estudiantes manifestantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Desde Medellín, Beatriz siguió atenta las trascendentales luchas que inauguraron las aspiraciones de “inclusión” por las que actualmente tanto se reivindica en el mundo entero y de modo singular en Colombia.

En medio de un panorama convulsionado, la joven profesora, ya vinculada con la UPB, intercambió ideas y experiencias con excelentes catedráticos, con quienes, además de la amistad que empezó a crear, inició la integración de la teología y la filosofía, y el interés por la realidad política del país.

Beatriz llegó con nuevas ideas para el estudio y la enseñanza de la filosofía; movida por una concepción amplia y ecléctica —como lo señalan algunos de sus alumnos y posteriores colegas en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia—, se hizo sensible a lecturas del Evangelio que influyeron considerablemente en su formación.

Por lo anterior, grupos de la Facultad de Filosofía participaron activamente en la Conferencia Episcopal Latinoamericana (1968), y expresaron su simpatía con la teología de la liberación, de origen latinoamericano; y con el movimiento de Golconda, una asociación de clérigos católicos colombianos que entre los años sesenta y setenta trabajaron conjuntamente de cara a la situación social, económica y política del país, y reflexionaron sobre el papel que la Iglesia católica debía tener en ello.

Sin embargo, el grupo de Golconda, con su heterogeneidad, generó rumbos que marcaron caminos políticos diversos para muchos de sus integrantes. Frente a esta realidad de transformaciones sociales, políticas, religiosas y, cómo no, científicas y tecnológicas, Beatriz se percató de lo que significaba el compromiso de la fe con la tarea social. Esto la llevó a trabajar y a participar activamente en el movimiento de la teología de la liberación: “Desde ese momento, me subí a ese tren y no me he bajado”. Es una forma de conservar, desde la fe, su compromiso como ciudadana. Convicción sostenida cuando en 1972 ya ejercía como profesora en la Universidad de Antioquia: “No quiero dejar de lado lo relacionado con mi vida cristiana. Me parece que es una realidad para mí muy fundante, muy raizal”. A propósito, el abogado y profesor retirado de la Universidad de Antioquia Roberto León Ojalvo Prieto expresa: “Es una mujer religiosa, sin ser fanática. Tiene una mirada contemporánea y avanzada de lo que debe ser la práctica religiosa”. La religión “está en la base de mis decisiones —dice Beatriz—. Y me vanaglorio de no haber introducido en mis clases en la universidad temas religiosos, pues siempre me preocupé por educar”. Y sus afirmaciones son refrendadas por quienes hicieron parte de sus conferencias; en palabras de la psicoanalista Marcela Ramírez Quiroz, “siempre honró la palabra educación”.

Otras voces también dan testimonio de su labor de formadora claramente vinculada a la ética aristotélica y a los seminarios de literatura existencial en los que se exploraba el contenido ético. Esto, llevado a cabo inicialmente en una facultad de filosofía orientada por la escolástica y tímida a la lectura de fuentes primarias, de literatos y de filósofos. Según Gonzalo Soto Posada, filósofo y profesor de la UPB, allí, y con su trabajo ordenado, Beatriz introdujo a sus estudiantes en la filosofía de Heidegger, Marcel, Camus, López Aranguren; hizo conocer a un helenista como Werner Jaeger, cuyos escritos y traducciones fueron difundidos en una universidad que permanecía aquietada en su condición pontificia.

Tiempos de renovación y creación de programas de Filosofía

La reestructuración de la Facultad de Filosofía y Letras de la UPB tuvo alcances considerables, que partieron de pensar la “rejilla curricular”. Hasta el momento solo contemplaban cátedras magistrales, poca participación de los estudiantes, temáticas clásicas y escasa presencia del pensamiento moderno y contemporáneo. Los cambios introducidos resultaron exitosos, y tuvieron gran acogida entre los estudiantes y el

profesorado. Fue así como dicha facultad empezó simultáneamente a atraer estudiantes laicos, hombres y mujeres por igual, pero también a nutrir el panorama filosófico nacional con excelentes egresados que se vincularon como docentes jóvenes en otras facultades del país.

Beatriz Restrepo impulsó dichos cambios, y por ello le reconocen entre sus virtudes su capacidad para transformar, nutrir y fortalecer lo que se le encomienda, como bien testimonia el filósofo y profesor de la U. de A. Eufasio Guzmán Mesa, quien fue su discípulo en el Colegio San Pablo, durante una estadía allí de Beatriz, volvió a ser su alumno en la Facultad de Filosofía y Letras de la UPB y, luego, su colega en el Instituto de Filosofía de la U. de A.

A la Universidad de Antioquia Beatriz ingresó el 26 de octubre de 1972, cuando inició su trabajo vinculada con la sección de Historia del Arte, en la Facultad de Ciencias Naturales, Sociales y Humanas. Los cursos de la sección de artes eran la oferta opcional ofrecida por otras facultades a sus estudiantes, y se centraban en el arte antiguo y clásico. Estos temas estaban ya un poco agotados, y por eso se pensó en mostrar un ‘surtido’ más fresco: arte precolombino y arte latinoamericano.

Beatriz habla de su comienzo en la U. de A.: “Al año siguiente, los profesores de la sección de Filosofía, preocupados por el carácter exclusivo de servicios que tenían nuestros cursos, consideraron la posibilidad de pensar en un programa propio, iniciativa a la que adhirieron los profesores de las secciones de Historia y Español; se hizo la gestión administrativa correspondiente y solamente se crearon los programas propios de Filosofía e Historia, porque los colegas de Español, finalmente, no se unieron a esta iniciativa”. Desde esta experiencia, la profesora Restrepo, en asocio con otros profesores, empezó a pensar en el proyecto de creación de la Facultad de Ciencias Humanas, en la que ejerció como decana encargada en 1981.

Pero, no nos adelantemos. Eufasio Guzmán Mesa testimonia en el libro *Crónicas universitarias* (2003) que en 1974, Beatriz, junto con otros profesores que hacían parte de la nueva estructura, se organizan con el fin de proponer a la universidad el primer programa de filosofía con orientación investigativa. Este fue el comienzo del actual Instituto de Filosofía, dependencia cuya creación fue lograda gracias al esfuerzo de quienes pensaron en la posibilidad de que la filosofía en la Universidad de Antioquia llegara a superar los esquemas iniciales que la pusieron al servicio de fines no estrictamente filosóficos. De esta manera, el Instituto de Filosofía ha adquirido un carácter plenamente investigativo, reconocido en el país y fuera de este, que lo ha llevado a ocupar un lugar importante en la filosofía nacional. Beatriz, al igual que sus colegas del Instituto, fue vital en este proyecto. Sobre ello, el profesor Guzmán expresa: “La catadura moral que hoy hay en el Instituto es un legado de Beatriz Restrepo. Beneficio resumido en la claridad para el razonamiento, la ausencia de actitudes dogmáticas y la integridad que caracterizan su obrar”.

Son dos experiencias —con alcances sobresalientes— en la universidad privada y pública que dan cuenta de la capacidad de la filosofía para repensarse y superar las visiones escolásticas y tradicionales; que, al igual que otras formas de pensamiento, alcanza a proponer y producir respuestas que den valía a diversas manifestaciones teóricas y de

reflexión de alcance investigativo. En sendas tentativas, la profesora Restrepo fue partícipe, y en ellas mostró que la filosofía valía en sus otras manifestaciones teóricas y de profundización del pensamiento. En palabras del filósofo y profesor del Instituto de Filosofía de la U. de A. Jorge Antonio Mejía Escobar, “Beatriz asumió su trabajo como profesora de Filosofía sin pretensiones de ser filósofa, pues no aspiraba a construir teorías originales; de haberse dado, hubiera sido una inflación y tergiversación de la filosofía”, anota el profesor Mejía.

Por otra parte, ella fue alma y nervio de proyectos como el montaje de la muestra de cerámica Quimbaya, hoy conservada en la sala de antropología del Museo de la Universidad de Antioquia, logro que tuvo el apoyo del arqueólogo alemán Ulrich Löber. Igualmente, gestionó auxilios económicos con la Asamblea de Antioquia, gracias a la diputada Margarita Mena de Quevedo, lo que hizo posible un excelente montaje de dicha colección, reconocido en el contexto museográfico nacional.

Su incesante preparación, que da cuenta de su pasión por el saber, se fortaleció con los estudios que adelantó durante un año sabático en Bélgica. Allí, en la Universidad Católica de Lovaina, siguió estudios de bioética y estética, bajo la orientación de los profesores Jean Ladrière y Jacques Taminiaux. Con ello buscaba dar respuesta a las inquietudes sobre bioética, demandadas por las áreas de salud de la universidad, y fortalecer el campo de filosofía moderna, concretamente con Hegel.

Luego de esta última estancia en Europa, y con una conciencia pedagógica y ética, además de la reflexión constante sobre la integridad de la universidad, la pensadora, maestra y administradora desempeñó en la Universidad de Antioquia diversos cargos, entre ellos el de directora del Museo Universitario, decana de varias facultades y vicerrectora general. Su trabajo en el sector público concluyó al obtener una comisión de servicios entre el 2 de enero de 1992 y el 15 de diciembre de 1994, cuando ejerció como secretaria de Educación de Antioquia durante el gobierno de Juan Gómez Martínez, “trabajo que fue enormemente enriquecedor y a la vez frustrante, pues hay tareas que, aunque se tenga la ilusión de llevarlas a cabo, no se logran ejecutar” —dice Beatriz—. Luego agrega: “tomé la decisión de retirarme del sector oficial y ensayar una experiencia de voluntariado social con organizaciones no gubernamentales, lo que había sido mi largamente esperado sueño; allí fui recibida con amistad y generosidad”. Así, se dedicó al sector social —al que hoy sigue vinculada—, y hace parte activa de instituciones como el Centro de Fe y Culturas, el Programa de Asistencia a la Niñez (PAN) y de la Fundación Secretos para Contar, además de otras organizaciones no gubernamentales (ONG).

De igual manera, a lo largo de distintas épocas, ha hecho parte del Consejo Académico de la Universidad Minuto de Dios (Uniminuto), del Consejo Superior de la Universidad Eafit, de las Juntas directivas de Proantioquia —Comité de Educación—, Empresas Públicas de Medellín (EPM) y Fundación Bancolombia.

Otros testimonios

Son considerables los testigos que dan cuenta de que las clases de filosofía de Beatriz carecían de sesgo religioso. Encuentros que se producían, sí, entre la moral y la ética; la primera, cada vez más urgente y necesaria para acercarse a la complejidad del mundo de hoy; la segunda, un asunto que ha provocado que la ciencia se mantenga alerta. Ella es un referente para algunos de sus antiguos estudiantes; entre ellos, el filósofo Gabriel Jaime Arango Velásquez, gestor educativo y jefe de la Dirección de Formación Integral de la Universidad Eafit, quien aprecia en Beatriz su labor pedagógica y, desde esta, su interés por “mantener siempre una relación de aprendizaje”. De otra parte, el Comunicador y gestor cultural Juan Antonio Agudelo Vásquez, coordinador del área de Extensión Cultural de la misma universidad, al aludir especialmente a su carácter de maestra y formadora, asegura: “Beatriz es la síntesis de todos los maestros que yo tuve. ¡Y lo sigue siendo!”.

“Un pensador de lo público es un educador, es un formador de tradición de generaciones”, dice Beethoven Zuleta Ruiz, historiador y profesor de la Universidad Nacional (Sede Medellín), para reconocer la labor de quien, desde la filosofía, ha influenciado lo público. Beatriz tiene en su cabeza la realidad del país, con sus inequidades casi imposibles de resolver. “Es la persona indicada para gobernar, por ser sabia y conservar el gesto del buen gobernante: siempre da la cara”, dice Zuleta Ruiz. “Con su impactante ingreso al mundo de lo público arriesgó su apuesta vital por el ámbito político, pero también fue algo de admirar, pues fue una Secretaria de Educación que puso en práctica la enseñanza del rey filósofo: ‘la filosofía no puede desentenderse de la política’”, señala Gonzalo Soto Posada, profesor de la UPB. De ahí que su presencia en una corporación pública es una esperanza para la voz de lo razonable, como lo expresan con reconocimiento los filósofos y profesores Javier Domínguez Hernández de la U. de A. y Gonzalo Soto Posada, respectivamente.

Además, su disposición filosófica le permitió trabajar en vertientes de diversa índole; en particular, en las de alcance social, para buscar el desarrollo de las comunidades, y en las de orden educativo, como Planea —Plan Estratégico de Antioquia, el primero de desarrollo territorial en el país, creado en 1998— y el Plan de Atención Integral a la Primera Infancia, que coordinó por solicitud de Proantioquia con 14 instituciones dedicadas al cuidado de los niños; esta implementación adelantada en 2004, a su vez, produjo el primer plan nacional en su género, que inspiró la propuesta del gobierno nacional y hoy en día es una herramienta muy robusta que presta un servicio invaluable a la niñez más desfavorecida. Durante dos años participó también en la coordinación del Comité de Educación del Plan Antioquia 20/20, proyecto de gran envergadura que proyectó el sueño de Antioquia para el 2020, como resultado de un esfuerzo empresarial, gubernamental y local.

Así mismo, su intervención en los ámbitos aquí destacados, ha dejado ver siempre su condición de pensadora y analista social, con lo que hasta hoy y, como lo expresa Gabriel Jaime Arango Velásquez, “ella ha conseguido integrar todos los sectores del mundo antioqueño: academia, liderazgo social, gabinetes del Estado y empresariado. A todos ellos les ha mostrado que su trabajo debe orientarse hacia la superación de la injusticia y la desigualdad en la sociedad”.

En síntesis, esta filósofa particular tiene la impronta, según Beethoven Zuleta Ruiz, de una “jefatura con voz. Cada acto verbal de Beatriz está direccionado con sentimiento de afecto y responsabilidad por el hacer. Trabajar bajo su dirección permite encontrar algo que le hace falta al Estado: un ser dotado con voz, espíritu, afecto y autoridad; además de poseer un carisma marcado por algo difícil de encontrar en la entidad pública: la naturalidad, por eso todo fluye sin necesidad de acudir al autoritarismo”. Su hacer directivo transparenta el avanzado concepto plural de las culturas en las que Beatriz muestra considerable solvencia; gracias a ello, en su labor ha podido desplegar el compromiso social y erigirse como testimonio de una sociedad que aspira a una clara constitución, como bien lo expresan con distintos matices el abogado Juan Luis Mejía Arango, Rector de la Universidad Eafit, Marta Elena Bravo de Hermelin, filósofa y Beethoven Zuleta Ruiz, profesores de la Unal, Sede Medellín.

Misión cumplida

Como puede apreciarse a lo largo de este recorrido de vida y experiencia, el trabajo de Beatriz Restrepo se ha enfocado en la formación: “Yo creo que todo lo que he hecho en la vida lo he hecho pensando en la formación. Yo siento que la educación es formación del ser humano como ser digno”; y dentro de su labor educativa ha privilegiado la de alcance político, “tema en el que estamos fallando de forma protuberante en el país, lo que lleva a la imposibilidad de pensar en el Estado, en las instituciones, en los ciudadanos”, recalca.

Hay algo de lo que ella se lamenta “precisamente en este momento cuando debiera estar aportando al país, no puedo hacerlo. El país, hoy con unas complicaciones políticas que nos sorprenden en una total indefensión, tras las que los más ‘cultos’ aprovechan la política y los que no, asisten a ella con suma indiferencia y sin comprender hechos históricos, como el Acuerdo de Paz logrado desde La Habana, así como la aspiración a la reconciliación del país. Ellos son el resultado de un ejercicio político que a todos debe convocar”.

¿Se equivocó en alguna decisión?, le pregunto. “Nunca me he arrepentido de una determinación que haya tomado, aunque a raíz de algunos cargos que he asumido, he tenido que tomar decisiones muy difíciles, que no han sido populares. Nunca he tenido un puesto en el que haya sido la autoridad última. Siempre he tenido jefes inmediatos, que son quienes toman las decisiones, y he tenido la fortuna de hacer parte siempre de equipos muy bien conformados, de cuyos miembros guardo el mejor recuerdo. Me ha gustado siempre trabajar en equipo. Todavía me veo con antiguos compañeros de trabajo. Mi vida ha sido unificada, entretejida: unas cosas van llevando a otras. He sido afortunada; no pienso en la suerte, pero pienso que hay cosas que llegan de manera inesperada.

¿Ha sentido en algún momento que la misión esté cumplida?, le pregunto. “En este sector lo que interesa es educar. En educación deben trazarse metas que no necesariamente se van a lograr, sino que van a sentar las bases para el trabajo que continuarán otros”, responde.

Final

Este escrito se ha logrado con el testimonio de familiares, exalumnos y amigos, quienes por largos años han estado próximos a Beatriz Restrepo, quienes desde una vivencia particular hicieron memoria y hablaron de lo que significó trabajar por un empeño común o haber sido seleccionados por la filósofa para el desarrollo de una de sus innumerables tareas, siempre realizadas con vocación y orientadas por el rumbo hacia la excelencia.

En esta búsqueda de recuerdos, conservados como si se acabaran de vivir, de vivencias a salvo de los escombros de la amnesia, también tuve la dicha de contar con la presencia de Beatriz Restrepo durante invaluable jornadas. En los encuentros soltó siempre con ánimo la madeja de su pródiga historia. Entonces, contestó las preguntas que yo había pensado previamente, o aquellas que surgieron en entretenidas conversaciones durante los atardeceres lluviosos de junio y de un muy soleado julio en el agradable sector de San Fernando, en Medellín. Sin embargo, las horas fueron pocas para escuchar una historia de vida y de trabajo que vale la pena no sólo contarse, sino, conocerse y difundirse.

En ocasiones, a pesar de la fuerte lluvia que se escuchaba caer contra el pavimento, el diálogo fluía, sin detenimiento, ni interrupciones, mientras Beatriz se tomaba su tiempo para elaborar sus respuestas con una sorprendente capacidad de recuerdo, sin asomo repentino del olvido, ese modo definitivo de no dar con las palabras. De esta manera, yo convertía en notas apuradas y consignaba las palabras necesarias para un relato condensado por el lenguaje.

De igual forma, se trató de un encuentro entre la maestra y la alumna. Una conversación marcada por la presencia no enunciada, pero implícita, de sus hijas y de su familia, una charla enriquecida con infaltables remates de humor, pues como dice Marta Elena Bravo de Hermelin: “Beatriz siempre ha contado con la capacidad del humor. Esa es una forma de crear vínculos con el otro, de facilitar la sintonía y de conectarse con el gracejo, con la chispa, con la salida oportuna; es su manera de establecer, independiente de la posición del otro, las relaciones horizontales, de respeto, de trato justo y de cercanía que siempre ha conseguido”.

Sin embargo, esta semblanza apenas si contendrá algo más de lo que pertenece a la trayectoria de Beatriz Restrepo, pues su vida, aparte de lo ya contado, reúne un conjunto de virtudes y cualidades —también defectos y limitaciones— sobre quien sabe poner orden adonde llega. Es, ante todo, una maestra, “quien siempre se ha interesado en formar personas autónomas y capaces de asumir el riesgo de sus actos”, testimonia Juan Antonio Agudelo Vásquez. “Dictaba sus clases y conferencias como si las tuviera grabadas en la memoria. No usaba apuntes”, indica Jorge Antonio Mejía Escobar. cuenta con una disposición filosófica que le ha permitido trabajar en vertientes de toda índole, y es poseedora de una formación estética profunda, hasta el punto de conmovirse tanto con las expresiones artísticas expuestas al público, como con aquello que se mueve tras bambalinas de un evento artístico, con aquello que guarda un museo y aquello que deja ver. Además, integró la Coral Bravo Márquez, una agrupación familiar reconocida en el medio, con la que participó por más

de diez años en importantes eventos musicales de la ciudad y del país. De esta reconocida coral, vigente hasta hoy, Beatriz participó gracias a su fina voz de soprano.

Es una mujer visible por su capacidad de convocar y de ser buena escucha del otro, algo inusual en esta sociedad. Así, por invitación de Ana Cristina Navarro, quien para el momento, año 2005, era directora de Teleantioquia, integró el Comité del Defensor del Televidente, en compañía del psiquiatra Hernán Mira Fernández, del historiador Carlos Mario González y del abogado José Albeiro Pulgarín, estos últimos, profesores de la Unal, Sede Medellín. Gracias a este equipo, Beatriz guarda recuerdos especiales de dicha labor, en particular por los aportes formativos alcanzados para los televidentes de Antioquia del momento.

También es una escritora que convoca, con la publicación de sus reflexiones que han sido difundidas por organizaciones sociales, revistas académicas y editoriales universitarias; entre ellas se encuentran contenidos sobre axiología, formación ciudadana, educación, ética, estética y política. Su ejercicio de escritura le permite atender diferentes ámbitos. Así, ante la realidad del país, agravada desde finales del siglo pasado en términos de la violencia, la pobreza, el desplazamiento y el narcotráfico, Beatriz se ocupó del tema con el ánimo de hacer aportes que llevaran a su comprensión. Esto hizo que se dedicara más a escribir sobre el hecho de la paz que empezaba a vislumbrarse para Colombia y a presentar sus meditaciones en diversos medios y eventos. De esta manera, la académica que privilegia la razón ante situaciones de conflicto, fue dinámica a través del desarrollo de los foros por la paz realizados en Medellín. Su postura clara frente a la firma de la paz en Colombia deja ver la preocupación de una pensadora: insistente en la urgencia de reflexionar a propósito de la superación del conflicto, máxime cuando sus límites sobrepasaron las barreras de la violencia y parecieron asfixiar las aspiraciones de detenerla, en lo posible, de terminarla por completo, como es el anhelo de considerables sectores de la sociedad civil, aún hoy esperanzados en vivir en un país tranquilo.

Ella “sabe poner el conocimiento al servicio de la justicia”, expresa Roberto León Ojalvo Prieto. En muchas de sus páginas, la profesora se acoge a la idea de que el sentido de justicia no se ciñe estrictamente a castigar al responsable y al culpable, sino que incluye la obligación de la reparación de los daños que este genera a las víctimas; es decir, cree que se hace imprescindible la memoria como medio de devolución de las razones que sometieron a tantos inocentes a una condición injusta e inexplicable.

Entre sus preocupaciones como pensadora y educadora, ha mantenido claro su interés por el papel de la educación en el país en este proceso de paz; y aún más en este momento de puesta en marcha de los acuerdos firmados, cree en la necesidad de procurar una reflexión de alcances morales e intelectuales, que aún no se ha adelantado con la profundidad que amerita. Beatriz Restrepo piensa que es inaplazable que educadores, académicos y estudiosos de la violencia incluyan en sus trabajos de formación, investigación y reflexión, un énfasis especial en esta posibilidad y apuesta por la paz.

Dado que una de las maneras de construir una biografía, una semblanza, se consigue por obra del “relato de sí”, y por el fortalecimiento del mismo otorgado por otros interlocutores como declaran algunos teóricos, agradezco la historia generosamente

otorgada por la protagonista de estas páginas sobre los 77 años de su vida. Oír a Beatriz y a sus más cercanos es también asistir al acontecer mundial y de Colombia, en el presente; por eso, su relato autobiográfico es una forma de volver la mirada, y cobra sentido en la medida en que, a modo de Ricoeur, dibuja con virtuosismo los rasgos de la experiencia personal, inscrita en la experiencia temporal.

Finalmente, el perfil elaborado permite apreciar un legado filosófico en el rostro de Beatriz, en su mirada clara, en sus gestos y en la sabiduría vigente de la palabra, propia de la inacabada relación con lo sensible que le concedió, desde temprana edad saber que su mundo era la filosofía. Universo donde ha persistido; donde se mantiene hasta hoy. ¡Y de qué manera!

Colofón: la semblanza de Beatriz Restrepo fue escrita en el idioma de muchas memorias, incluida la suya. Un idioma que me ayudó a crear una prosa extendida en el recuerdo, pues los convocados para este ejercicio de evocación y palabra se mantuvieron fieles a la discreta condición que abrió y cerró la conversación iluminada por la cerilla del tiempo: volver la mirada.

Agradecimientos

Numerosas personas han contribuido de un modo u otro al logro de estas páginas. Todas me proporcionaron sus impagables testimonios para construir el perfil de Beatriz Restrepo, razón de ser de las presentes páginas. Son ellas: Javier Domínguez Hernández, Eufasio Guzmán Mesa, Jorge Antonio Mejía Escobar, Roberto León Ojalvo Prieto y Hernán Mira Fernández de la Universidad de Antioquia; Gonzalo Soto Posada de la Universidad Pontificia Bolivariana; Juan Luis Mejía Arango, Gabriel Jaime Arango Velásquez y Juan Antonio Agudelo Vásquez de la Universidad Eafit; Beethoven Zuleta Ruiz y Marta Elena Bravo de Hermelin de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, y Marcela Ramírez Quiroz, psicoanalista. Así mismo, agradezco sus palabras a la profesora Beatriz Restrepo y a sus hijas, Marcelina y Ángela María Salazar Restrepo.

Y cómo no agradecer a: Dadiana Giraldo Giraldo, Margarita Isaza Velásquez, Doris Elena Aguirre Grisales, Esther Fleischer Cohen y Patricia Nieto Nieto por su cuidadosa y paciente lectura y por sus comentarios al manuscrito *Beatriz Restrepo: Volver la mirada*.

Agradezco también a la Sociedad Colombiana de Filosofía y a la filósofa Luz Gloria Cárdenas Mejía por confiarme la tarea de elaborar este perfil, leído en el homenaje de dicha Sociedad a la labor formativa que por tanto tiempo ha realizado la filósofa Beatriz Restrepo, quien ha honrado la palabra educación y ha hecho de la filosofía una forma de vida.